



Reflexiones sobre la Vida Consagrada Hermana Mary Sujita, SND

Introducción

Se me ha pedido una reflexión sobre la vida consagrada hoy y sus perspectivas futuras, particularmente desde mi punto de vista de religiosa asiática. Vuestros propios preparativos para este Capítulo General son una reflexión excelente y completa sobre la vida consagrada hoy y en el futuro. ¿Qué más puedo compartir? De primeras, permitidme dejar claro que no soy teóloga ni escritora espiritual. Quizás lo más valioso y que vale la pena compartir sea mi propia experiencia de la vida consagrada, vivida como misionera y educadora con pobres y marginados, los exintocables de la parte norte de la India. No tengo ideología, teoría o enseñanza importantes que compartir con vosotros, excepto mi absoluto convencimiento de que la vida consagrada será siempre importante, significativa y profética en el presente y en el futuro si nos atrevemos a vivirla con pasión por Jesucristo y compasión creativa con todo el pueblo de Dios. Estamos aquí hoy porque llevamos este futuro dentro de nosotros. El Espíritu Santo nos está guiando para hacer, en este tiempo, lo que tenemos que hacer para alimentar y renacer la vida consagrada en las realidades cambiadas y cambiantes de nuestra Iglesia y de nuestro mundo.

Al pensar en una introducción a mi charla de hoy, mis pensamientos se remontaron a los últimos días que estuve con mi querida madre, de 94 años de edad, en enero de este mismo año. El 4 de enero me llamaron para que estuviese en casa con mi madre que había tenido una caída e iba, poco a poco, entrando en estado de coma. Después de unos pocos días ya era incapaz de responder. Toda mi familia permanecía junto a su cama, mirando sin poder hacer nada, rezando y esperando oírle, por lo menos, una palabra y verle sonreír de nuevo. Después de dos semanas de este recorrido angustioso y silencioso con ella, un día mi cuñada siguió haciéndole las mismas preguntas sobre cómo estaba y cosas por el estilo. No hubo respuesta. Al final preguntó a mi madre: "Amma ¿ves a Jesús?" Y se produjo el milagro. Amma respondió con una encantadora sonrisa y un marcado: "Oh, sí." Cuantos nos hallábamos a su alrededor estábamos tan sobrecogidos que se nos saltaron las lágrimas. Hubo sensación de nueva vida que surgía, de nueva esperanza, aunque la muerte se acercaba, pues Jesús estaba presente allí. El 24 de enero mi madre pasó en paz a la casa de Dios para disfrutar de la eterna visión beatífica.

Desde la muerte de mi madre he reflexionado a menudo sobre su hermosa respuesta a la pregunta: ¿Ves a Jesús? Creo que la vida consagrada tendrá profundo sentido e importancia siempre que nosotros continuemos centrándonos en Jesús, viendo y siguiendo al Jesús verdadero del Evangelio. Lo que dio y continúa dando a la vida religiosa su significado, vitalidad e importancia es, ciertamente, una pasión irresistible por Jesús y su misión. El futuro de la vida religiosa depende de nuestra capacidad de VER a Jesucristo y ser tan atraídos por él y su misión que otros puedan VER y experimentar a Jesús en nosotros. El poder transformador de la vida consagrada viene de VER a Jesús, VER a los otros y a toda la creación en Jesús, y responder con el corazón y mente de Jesús. Esta relación divina con Jesucristo es una elección consciente y continua, y un camino de fe. Vuestro Capítulo General es un tiempo maravilloso para hacer un alto y preguntaros: ¿VEO a Jesús? ¿Cómo el “VER a Jesús” transforma mi vida personal, mi vida de comunidad, mi ministerio y nuestra misión? ¿Cómo la comunidad de los Hermanos de La Salle VE y experimenta a Jesús hoy?

Os invito a centraros conmigo en los tres componentes de la vida religiosa: Espiritualidad, Comunidad y Misión.

Espiritualidad

Una espiritualidad visible, creíble y profética es la base para dar a la vida religiosa su vitalidad y sentido. Más que nunca antes, para nosotros, personas consagradas, ésta es la necesidad más urgente en el tiempo. Una cosa es absolutamente cierta: SÓLO nuestro arraigo en Jesús y su Evangelio tiene el poder de proporcionar las respuestas que estamos buscando para hoy y para un futuro deseado. Nuestro verdadero reto es una vuelta radical a Jesús con todo nuestro corazón, con todo nuestro ser y descubrir, de nuevo, nuestra identidad en él y en su misión.

¿Dónde encontramos la energía interior, el fuego en el que vivir con pasión nuestra vida consagrada? No es posible, sin tener una experiencia profunda de *Abba* como Jesús, vivir una vida consagrada relevante y auténtica y vivir con la conciencia de ser enviados a ser Cristo para nuestro mundo. Como comunidad de discípulos consagrados para la misión en la Iglesia, nos hacemos sacramento de esperanza, especialmente para los pobres. Podemos ser el único rostro de Cristo que muchos verán alguna vez en su vida. Participar en la misión liberadora de Jesús requiere una espiritualidad de vivencia radical del Evangelio holística, integral y transformadora, una espiritualidad que esté claramente al servicio de la vida en todas sus formas.

Lo espiritual puede valorar y retar al corazón humano a una forma transformada de ser, de hacer justicia, de crear comunidad y de atender a la madre tierra. Para Mahatma Gandhi, el padre de mi país, India, la contemplación y la no violencia fueron la fuente del “poder espiritual” que produjo los frutos de la libertad y de la transformación verdaderas. Como religiosa asiática, mi experiencia es que se espera que las personas religiosas en Asia sean personas de contemplación, renuncia y ascética profundas. Su misma presencia es para comunicar el mensaje de paz, armonía y libertad interior. Esta energía y autenticidad espiritual interiores hacen de la persona consagrada una persona sabia que puede guiar, inspirar y retar a otros a la plenitud de la vida. ¿No es ésta la espiritualidad liberadora de Jesús? El Evangelio, tal como se encarna en la persona

consagrada, lleva mucha más credibilidad y poder que todos nuestros dogmas y razonamientos.

En su libro, *Jesus Today*, Albert Nolan afirma que la espiritualidad de Jesús fue de libertad radical. Dice:

La libertad que Jesús experimentó llegó a las mismas raíces de su ser. Fue una libertad para la que él retó a sus seguidores a esforzarse y es una libertad que nos reta hoy cuando estamos suspendidos sobre el borde del caos... Él [Jesús] fue capaz de ponerse en pie y contradecir los supuestos, costumbres y normas culturales de su sociedad... Dentro de aquella sociedad y de su religión no tenía ninguna autoridad para hacer nada de eso. Lo que tenía era la libertad personal para hacer la voluntad de Dios sin tener en cuenta lo que otros pensarán o dijeran. Era libre para amar sin reserva... La libertad radical de Jesús le hizo totalmente intrépido. No estuvo atado a nada ni a nadie, ni siquiera a su propia vida o al éxito de su misión. Su libertad no tuvo límites, porque su confianza en Dios no conoció límites... La base de la libertad radical es la confianza. (cap. 17, pp. 180-181).

La cuestión verdadera a la que se enfrenta la vida religiosa hoy es, ante todo, el aletargamiento espiritual y la falta de fe. Ninguna sabiduría espiritual o libertad radical interior puede llegar cuando descuidamos la contemplación y nos protegemos de todo ascetismo y disciplina de corazón. Cuando tengamos una atracción profunda e irresistible hacia Dios y experimentemos el amor incondicional y constante de Dios en nuestra vida personal, nos llenaremos de pasión por Jesús y por su misión.

Para nosotros, mujeres y hombres consagrados, el reto de este milenio es ser percibidos y experimentados como mujeres y hombres de Dios que son guías espirituales y profetas de un nuevo orden mundial. Necesitamos una espiritualidad nacida de una relación contemplativa con Dios, una espiritualidad que nos lleve al compromiso profético con el pueblo de Dios y con el mundo herido de Dios. Contemplación y vida profética nos llevan a donde Cristo está atormentado: a los suburbios, a las ciudades y a las chozas de poblados ruinosos; a las mujeres y niños hambrientos y violados; a las víctimas del SIDA; a los círculos influyentes de políticos y reformadores sociales; a los líderes religiosos de todas las clases... a cualquiera en necesidad. Al explicar a sus Hermanas la trascendencia profunda de las palabras "Tengo sed," la Madre Teresa de Calcuta decía: "Tengo miedo, queridas hermanas, de que vayáis a los pobres sin haber experimentado primero a Jesús en vuestro corazón. A menos y hasta que hayáis experimentado la sed de Jesús por vosotras y por vuestro amor, no seréis capaces de apagar esa sed por medio de vuestro ministerio con los pobres."

Tomaos unos momentos para pensar en uno de vuestro Hermanos en el que hayáis experimentado verdadero "poder espiritual", una energía espiritual que él irradiaba. Compartid con el que está a vuestro lado.

Communio y Comunidad

Jesús confió su misión de establecer el Reino de Dios a la comunidad de sus discípulos con la promesa de su presencia permanente con ellos. Los religiosos son llamados a redescubrir y vivir la eclesialidad de la primera comunidad cristiana. Mis reflexiones sobre la comunidad se centran más en el motivo de nuestra vida comunitaria. En un mundo de intolerancia, exclusión e individualismo, nuestra vida en comunidad y comunión es un testimonio poderoso de un modelo alternativo de vida social, del enraizamiento en los valores de Jesús y del Reino. La comunidad es para ser VISTA en el contexto de una espiritualidad compartida, centrada en una misión compartida y en un camino compartido hacia el futuro. San Pablo vio la Iglesia no como una organización eficiente sino más bien como comunidad que es comunión de creyentes llenos del Espíritu Santo, enriquecidos por multitud de dones, todos comprometidos en la transformación del mundo en el Reino de Dios (1Cor 12, 4-7). Esto se puede decir también de nuestras comunidades. Esto construye comunidades en misión y para la misión. No es posible ninguna comunidad para la misión sin autotranscendencia. ¿No hemos experimentado el efecto agobiante de miembros que siguen un estilo de vida que refleja individualismo, consumismo y excesiva eficacia profesional? Los religiosos hemos elegido muchos valores del mundo en nombre de la eficacia, la prudencia y el sentido común. Sabemos que Jesús no fue particularmente conocido por su prudencia, eficacia o planificación estratégica. Pero la intimidad con su *Abba*, así como su compasión, le llevó y facultó para su misión hasta el fin.

La persona de Jesús y los valores de su Reino transforman un grupo en comunidades del Reino, haciendo visibles los valores del Reino en las realidades históricas concretas de nuestro tiempo. Vivir en tales comunidades es vivir contra culturalmente nuestra llamada profética en una sociedad que da gran importancia a las actividades individuales y a las comodidades, a las posesiones materiales y a los equipamientos. Una comunión verdadera es posible cuando nos arriesgamos a salir de nuestras zonas de comodidad para encarnarnos en la dificultad de nuestra propia comunidad local así como en la complicación de la sociedad exterior. Pero con qué frecuencia malgastamos nuestras energías consagradas para ponernos cómodos y estar seguros como individuos y como comunidades.

De joven Hermana tuve la suerte de experimentar comunidad y misión en el contexto de los pobres. Tres Hermanas estuvimos entre las primeras en vivir en comunidad con los más pobres de los pobres de nuestra diócesis. Esto fue como respuesta al asesinato de un sacerdote jesuita en uno de los puestos de la misión y la consiguiente clausura de nuestra misión allí. Aunque nos habíamos ofrecido voluntarias para volver a nuestros campesinos pobres, había mucho miedo e inseguridad en nuestro corazón y también en aquellos que nos enviaban porque algunos campesinos estaban implicados en el asesinato del sacerdote. Los primeros meses fuimos de casa en casa reuniéndonos con los pobres, comiendo cualquier cosa que pudieran ofrecernos, durmiendo en cualquier espacio reducido disponible. No teníamos agenda salvo la de restablecer las relaciones con la gente. Queríamos que supieran que nos importaban y que estábamos dispuestas a estar con ellos. Durante aquellos meses tuvimos muchas experiencias intensas del cuidado providencial de Dios. Los pobres nos llevaron a sus poblados e hicieron enormes sacrificios para acomodarnos en sus reducidas chozas. A veces experimentamos también el dolor del rechazo frontal y de la amenaza de gente que temía que nuestra presencia sería en detrimento de sus intereses personales.

Las tres cosas que nos mantuvieron muy claramente en marcha fueron una experiencia permanente del cuidado providencial de Dios hacia nosotras, el lazo firme de comunión que experimentamos entre nosotras y las relaciones maravillosas con los pobres. De hecho, para mí aquellos meses y los muchos años que siguieron fueron muy importantes en mi vida de mujer consagrada. Las experiencias de mi vida con los pobres cambiaron mi propia interpretación de mi llamada a la vida religiosa, a la comunidad y a la misión. Allí experimenté cómo comunidad y comunión nos facultaban para la misión. Desarrollamos un modelo de reflexión orante periódica sobre el sentido y las consecuencias de vivir nuestra vida consagrada en nuestro contexto presente. Y en los Evangelios encontramos siempre la respuesta. Esta experiencia nos dio la libertad interior para continuar avanzando aunque nos faltaran las mínimas condiciones básicas, como agua de beber limpia, aseos, instalaciones de baño, una pequeña habitación personal, electricidad y cosas semejantes que se consideran elementos básicos de la vida diaria. Compartir todo lo de los pobres, siquiera periódicamente, alimenta nuestra compasión y nos impele a trabajar por la justicia y la paz en solidaridad con ellos. El espíritu de renuncia y dependencia de la gente y de la Divina Providencia son parte de nuestra solidaridad con los pobres.

Me ha atraído una sencilla afirmación de vuestros escritos preparatorios: “Somos sencillamente hermanos de nuestros hermanos.” Una experiencia vivida de *communio* da origen a solidaridad verdadera dentro de la comunidad religiosa y con los otros. En su encíclica “Sollicitudo Rei Socialis,” el Papa Juan Pablo II escribió que solidaridad no es “un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos” (Nº 38).

La solidaridad es la cualidad de nuestra presencia, de la veneración en un medio multicultural, multirreligioso. Ahora me acuerdo de una de mis experiencias durante mi vida entre los más pobres de los pobres en Bihar, India. Dos de nosotras compartíamos una reducida choza de barro con una pobre familia en un poblado hindú. En la choza contigua vivía una mujer hindú desamparada y muy piadosa. Cada mañana hacía su *puja* (rito de adoración) ante la piedra sagrada que había entronizado en un rincón de su reducida choza. Yo era recién llegada al poblado y nueva para la cultura de los pobres. Por supuesto, estábamos allí como mujeres religiosas jóvenes, educadas y bien preparadas, ansiosas por revolucionar la condición miserable de “los pobres supersticiosos e ignorantes.”

Un día me encontré con la anciana cuando terminaba su oración y no pude resistir a mi deseo de llamarle la atención sobre la falta de sentido de adorar a la “piedra” y le dije: “Nani [abuela], ¿por qué adoras la piedra? Dios no está en esa piedra. Dios vive en nuestros corazones.” Su respuesta fue una mirada amable y una sonrisa gentil; salí pensando que había prestado un gran servicio al hacer que mi anciana amiga reflexionase sobre la verdadera adoración. Al día siguiente era domingo y se celebró la Santa Misa en nuestra choza. Mi amiga Nani vino y se sentó junto a mí en la misa con mucha devoción. Después de la comunión, cuando volví a mi alfombrilla en el suelo, me dio un codazo gentilmente y me susurró al oído: “Escucha, hija mía, ayer dijiste que mi Dios no estaba en la piedra que adoraba. Pero entonces ¿cómo es que vuestro Dios está en el pan que acabas de comer?” Me quedé sin habla. Esta pregunta oportuna de

mi ignorante amiga me despertó a la realidad de que sencillez, compasión y respeto profundo son ingredientes esenciales de comunión y comunidad verdaderas.

Compartir todo lo de los pobres día a día puede ser ciertamente un poderoso abridor de ojos para quienes damos por supuesto que tener las comodidades y equipamientos de la clase media (o más alta) es derecho nuestro, parte de nuestro prometido ciento por uno, porque hemos dejado todo por el nombre de Jesús. Puede ser un ejercicio verdaderamente revelador reflexionar con honradez profunda, consecuente con decir Sí a nuestra llamada a la vida consagrada, en lo que hemos realmente “dejado atrás” y lo que hemos “recogido como nuestro derecho.” Como mujeres y hombres consagrados llamados a crear comunidades de contraste ¿qué realidad de comunidad vivimos? ¿Compartir en común? ¿Esparcimiento y descanso? ¿Cómo podemos transformar nuestras comunidades en experiencia verdadera de comunión? ¿Cómo estamos construyendo comunidades de reconciliación y paz en nuestro mundo roto?

¿Cuáles son algunas de las características más destacadas de la vida de comunidad que os ha pasado vuestro fundador y que continúan siendo apreciadas y vividas hoy por vosotros en comunidad? (Pausa... Compartir en grupos pequeños)

Misión

Reflexionemos brevemente ahora sobre nuestra llamada a la misión. Sabemos que Jesús y su misión son la razón única de la vida consagrada. La misión es la encarnación de nuestra espiritualidad. Una espiritualidad genuina nos saca de nosotros mismos para estar en la misión de establecer el Reino de Dios. Nuestra respuesta a la misión debe ir más allá de los límites de la racionalidad y de la lógica puramente humana. Hacer misión es arriesgar en la fe. Y eso es posible sólo cuando estamos llenos de energía, sostenidos y enviados por el Espíritu. A menudo todas nuestras energías se agotan en la gestión y mantenimiento de instituciones, proyectos y personal. En la carrera por la puesta al día tecnológica de nuestras instituciones y proyectos ¿hemos descuidado el papel de la espiritualidad en nuestros ministerios y misión? ¿Cuáles son las disciplinas espirituales y las prácticas contemplativas que marcan nuestros ministerios? En una época de desarraigo cultural, relativismo moral y desintegración social donde reina la ley del más fuerte y el futuro es incierto, necesitamos genuina santidad y toda la creatividad e imaginación de corazón para que todos nuestros ministerios sean transformadores.

La mayor parte de nuestras congregaciones religiosas apostólicas activas son conocidas por nuestras grandes y eficaces instituciones de educación, sanidad, servicio social y otras obras de caridad. ¿Con qué frecuencia se nos conoce por nuestra vida y misión santas, sencillas y proféticas? ¿por nuestro vivir contra cultural? Formular preguntas molestas, primero a nosotros mismos, dentro de la Iglesia y en la sociedad es el comienzo de la deseada transformación. ¿No nos hemos hecho domesticados, invisibles, perdidos en la locura del individualismo, el neoliberalismo y la necesidad de encontrar la realización personal y, a veces, la realización institucional? ¿Tenemos los religiosos una identidad visible y creíble? El testimonio de nuestra vida, tal como la

vivimos hoy, no es quizás significativo para nuestro mundo. ¿Por qué atraemos tan pocas nuevas vocaciones? La excesiva preocupación por la seguridad personal y el confort es un problema creciente entre los grupos religiosos de todas las edades. Sinceramente espero que nosotros, religiosos, incluso en nuestra ancianidad, continuaremos nuestra presencia testimonial entre la gente hasta el mismo final antes que optar por el confort, la privacidad y los cuidados superespeciales (algo que es privilegio de una clase media asegurada) que esperamos como parte de nuestro "ciento por uno" por haber dejado todas las cosas por Cristo.

Arriesgarse proféticamente será siempre parte integrante de nuestra vida consagrada y misión. Nuestra capacidad de decir la verdad, incluso la más incómoda y poco acogedora, pero muy esencial y vivificante, puede venir sólo de la comodidad que disfrutamos en nuestro arraigo divino. Los profetas fueron enormemente osados. Como profetas, seremos enviados por el Espíritu para decir la verdad de Dios a nuestro mundo y, como discípulos, debemos estar dispuestos a pagar su precio. El testimonio profético es una expresión que utilizamos demasiado fácilmente para explicar el reto de la vida consagrada hoy. Los profetas vivieron su llamada con espíritu de aventura hasta el punto de arriesgar su vida. Hoy ¿podemos decir que nuestras comunidades y congregaciones están movidas por un espíritu de aventura profética? Reflexionando sobre nuestra llamada a vivir en espíritu de aventura, el padre Anthony J. Gittins, CSSP, pregunta:

¿Ha desaparecido la energía atrevida de la vida religiosa y el espíritu de aventura, tan característico de nuestros jóvenes y de los religiosos jóvenes hoy, se ha agotado por un espíritu de frustración e impotencia? Si la cautela y la prudencia son más claras que el riesgo y la confianza, si el arte de lo posible se ha vuelto más práctico que la virtud de la esperanza y si algunos de los religiosos más lanzados hace mucho tiempo que han dejado sus comunidades ¿con qué derecho esperamos que el Espíritu Santo renueve la faz de la tierra? Muchas comunidades emplean enormes cantidades en proyectos de futuro y en mapas para el viaje... Mientras tanto ¿qué les ocurre a nuestra fe, confianza e imaginación? Las mismas cualidades que nos llevaron a la vida religiosa y los rasgos que tan apasionadamente buscamos parecen estar en pequeña cantidad en algunas comunidades. Si no estamos atrayendo nueva vida ¿podría ser sencillamente que no somos atrayentes precisamente porque no somos suficientemente lanzados?... Creo que a menos que la vida religiosa permanezca como aventura, no estamos siendo guiados por el Espíritu de Dios sino que nos hemos domado, domesticado y hecho demasiado predecibles, más que marcados con la tempestuosidad y la impredecibilidad de nuestras madres y padres en la fe... Un espíritu de aventura y un sentido de misterio no se excluyen mutuamente. Personas de fe y receptores escogidos de la revelación de Dios, deberíamos tener un sentido intenso de misterio y deberíamos tener un sentido de aventura, si no totalmente dominado, al menos no lejos de nuestro alcance... No nos atrevemos a olvidar que la iniciativa pertenece al Espíritu de Dios, y no debemos amordazar al Espíritu, que es responsable de renovar la faz de la tierra y de transformar a cada uno de nosotros (Charla dada a las Hermanas de Nuestra Señora, Canoas, Brasil 2007, por Anthony J. Gittins, CSSP)

Pero cuando se intensifica la tensión de nuestros ministerios, cuando no podemos satisfacer las grandes expectativas de la sociedad, cuando no tenemos tiempo para la soledad y la oración, cuando no tenemos tiempo para estar en comunión con nuestros

compañeros religiosos, podemos estar seguros de que estamos bloqueando el Espíritu de Dios en nuestra vida y misión. Hoy muchas congregaciones religiosas se ocupan de mantener y salvar sus maravillosas instituciones de antaño. La misión no es sólo sobre lo que es sino también sobre lo que podría ser. Tendremos que hacer algo de búsqueda espiritual para descubrir cuántas de nuestras energías apostólicas van al mantenimiento y cuántas a la misión.

¿Dónde habéis encontrado “profecía y correr riesgos” en vuestra vida personal, en la comunidad y en la congregación durante los últimos cinco años? Compartid vuestras reflexiones con vuestro compañero.

Puesto que vuestra congregación es bien conocida en todo el mundo por el ministerio de proporcionar excelente educación cristiana, me gustaría reflexionar un tanto sobre el ministerio de la educación en este milenio. Una característica notable de Jesús, maestro de maestros, fue que nunca pidió a un discípulo hacer algo que él mismo no estuviera dispuesto a hacer. Nuestra eficacia, como educadores religiosos y profesionales, dependerá de nuestra capacidad de ser contemplativos en la acción viviendo una espiritualidad de suficiencia. Entonces podremos enseñar a nuestros alumnos con autoridad y credibilidad cómo combatir el materialismo y el individualismo, y la excesiva necesidad de poder y control como contra la preocupación compasiva por el de al lado. Reflexionando sobre los educadores, el Padre Arrupe, SJ, dijo en 1973: “los alumnos, sus familias, nuestros compañeros, todos tienen el derecho de vernos integrados, de no ver ninguna división entre lo que enseñamos, lo que decimos y cómo vivimos. Y tenemos obligación de responder a esta necesidad. Somos hipócritas si prevenimos a nuestros alumnos sobre la mentalidad consumista mientras llevamos una vida segura y confortable...”.

¿Ofrecemos a nuestros alumnos lo realmente nuestro porque lo hemos VISTO... oído... tocado con nuestras manos... experimentado, creído y vivido en nuestras propias vidas? ¿Cómo nos perciben nuestros alumnos, maestros, colaboradores, personal e institucionalmente hablando? Preguntémosles: ¿Quién decís que soy yo? Nos VEN, ciertamente, capaces profesionalmente, gestores excelentes, organizadores, trabajadores desinteresados y comprometidos, competentes y generosos. ¿Nos VEN también como personas muy seguras que llevan una vida de confortable clase media y que tienen de todo? ¿Nos experimentan como mujeres/hombres de Dios? ¿VEN en nosotros el rostro de Dios? ¿Os VEN como hombres llenos de energía por un apasionado amor a Cristo, como hombres que arden por la misión de Cristo? La educación y, en relación con eso, todos nuestros ministerios tratan de compartir a Dios, compartir el amor incondicional y constante de Dios con los otros, especialmente los marginados de la sociedad. El Evangelio dice que la gente estaba admirada de la enseñanza de Jesús, pues les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas. Hoy necesitamos enseñar como él y eso es posible sólo cuando estamos metidos en el poder del Espíritu y cuando nuestra vida, nuestro estilo de vida, nuestras elecciones y prioridades son eco de la vida y misión de Cristo.

Vivimos en un mundo muy globalizado con todas sus consecuencias y retos. ¿Puede aportar la educación cristiana espíritu a la globalización? Llamados a alimentar el amor global, la preocupación global por el otro, la justicia y la paz globales ¿cómo pueden nuestras instituciones educativas transformarse para lograr tales resultados? ¿Pueden nuestras instituciones convertirse en agentes para globalizar la Buena Noticia de Jesús? ¿Para globalizar solidaridad y unidad? El reto profético de la educación cristiana ha de preparar a nuestros alumnos a trabajar para lo que Juan Pablo II anunció: “Globalización sin marginación, globalización en solidaridad.” (Día Mundial de la Paz, 1999)

Como educadores, necesitamos preparar a nuestros alumnos para ser líderes de transformación sin miedo a retar a las estructuras de pecado de la sociedad y a avivar la esperanza en el siglo XXI. Nuestra educación debe quedar impactada por el hecho de que una mayoría de dos tercios de la población mundial vive en hambre crónica, sin agua de beber limpia y con más de diez millones de niños muriéndose cada año por malnutrición y enfermedad. La educación y todos nuestros ministerios tendrán futuro sólo si nuestro modo de educar y de ejercer el ministerio están profundamente influidos y motivados por la preocupación activa que Jesús tuvo por la sociedad de su tiempo.

Abrir un futuro lleno de esperanza en Dios, que “hace todas las cosas nuevas”

Escuchamos a menudo esta preocupación: ¿Hay futuro para la vida consagrada? La respuesta, ciertamente, está en cada uno de los que llevamos el futuro dentro de nosotros. Necesitamos más que optimismo para reimaginar nuestro futuro. Lo que nos fortifica siempre es la seguridad de la presencia permanente y los dones del Espíritu que Jesús nos ha prometido, con tal de que “permanezcamos despiertos y oremos.” Como religiosos y religiosas, colaboramos con Dios en modelar el futuro cuando nos atrevemos a creer en lo imposible e insistir en nuestra búsqueda, en nuestro cuestionamiento, en nuestro esfuerzo y testimonio de otra forma de ser religiosos, heraldos del Reino de Dios aquí y ahora. ¿Nos sentimos privilegiados y apasionados de vivir las santas y sanas tradiciones y energías de nuestra congregación y de pasarlas a las generaciones que vienen detrás? La esperanza verdadera es el fruto de un espíritu firme de confianza en la providencia, de ánimo profético, de fidelidad para entrar en el siempre nuevo plan divino de transformación y colaboración con el Espíritu, “que hace nuevas todas las cosas.”

Sí, hay crisis en la vida religiosa. Está muriendo una manera particular de vivir la vida religiosa/vida consagrada y parte de ella ya ha muerto. ¿Percibimos esto como el fin de la vida religiosa o como el trabajo del Espíritu, “que hace todas las cosas nuevas”? Nuestra respuesta hará de esta crisis el punto crítico de la vida consagrada en este nuevo milenio o el punto final de la vida consagrada. Los religiosos del tercer milenio no podemos tomar el término medio de la seguridad si hemos de colaborar con el Espíritu en el nacimiento de un futuro lleno de esperanza para la vida consagrada. Muchos religiosos están siendo profundamente conscientes de la necesidad de volver a sus

raíces... a una espiritualidad y ascética más profundas, a una *communio* genuina, a un compromiso profético en la transformación de nuestro mundo. Cuando la crisis es grande, nuestra búsqueda de sentido y calidad de vida puede ser más grande. Ésa es nuestra esperanza.

El futuro no será sólo un remiendo o reconstrucción del pasado, presentado de forma más atractiva. Dios hará una nueva alianza, pero no será como la antigua. (Jer. 31, 31) Como religiosa, percibo todo este escenario de transición a algo nuevo y desconocido como la visión de una mujer en los dolores del parto... Existe el miedo de morir al dar nacimiento a una nueva persona humana y se da una alegría y expectación inexplicables al dar nacimiento a otra persona humana. Está naciendo una manera nueva y fresca de ser Hermanas y Hermanos, y necesitamos tener ojos, oídos y corazón de madre y comadrona expectantes por VER, oír y ayudar en este proceso de nacimiento. Somos privilegiados de ser parte de este tiempo transformador en la Iglesia y en el mundo, de facilitar el nacimiento de una nueva forma de ser religiosos, de ser discípulos de Jesús hoy.

Como hombres y mujeres de esperanza creemos que las cosas pueden ser y serán radicalmente diferentes de lo que han sido y son ahora. Sólo en Jesús, el Hijo Misionero de Dios, encontraremos la respuesta a esta situación actual. Hoy sufrimos por tener demasiada "seguridad exterior" y muy poca "seguridad interior" procedente de nuestro compromiso profético con la persona y la misión de Jesús. Una chispa de la experiencia *Abba* de Jesús y de su radical libertad misionera rejuvenecerá la vida consagrada hoy. La mayor parte de los religiosos estamos profundamente seguros en nuestro interior de que el Espíritu nos está llevando una vez más a la experiencia fundacional de nuestras congregaciones, hasta la médula de quienes estamos llamados a ser. La formación de nuestros miembros en una espiritualidad más profunda y en un seguimiento radical es de la máxima importancia hoy.

Incluso en nuestro mundo postmoderno, vivir el voto de pobreza con toda su radicalidad, como Jesús lo vivió, puede dar mucha credibilidad a la vida consagrada. Sandra M. Schneiders dice: "Si el voto religioso de pobreza fuera vivido sería y consecuentemente por cada miembro de la congregación, sin importar cuándo o dónde se encontrase la congregación ahora o en el futuro, su espiritualidad, su vida de comunidad, su ministerio y su testimonio desafiarían eficazmente la construcción del mundo del Demonio con la visión del Evangelio del Reino de Dios." (Sandra M. Schneiders, Congreso de la Vida Religiosa, 2004) Creo que la nueva vida religiosa que está surgiendo se caracterizará por una espiritualidad más profunda, una sencillez radical, la pobreza del Evangelio y el compromiso encarnado en las luchas de los marginados por la vida. Cada intervención de Jesús en favor de la vida y de los derechos humanos fue radical. Lo que hoy se espera de nosotros, religiosos, es continuar el "movimiento de Jesús" de restaurar la imagen de Dios y la dignidad humana de cada persona junto con la belleza y el equilibrio de la creación de Dios.

Mientras haya personas dispuestas a arriesgarse continuando la misión de Jesús, habrá vida consagrada. La misión estará siempre en el corazón de la vida consagrada. Puesto que la vida consagrada es un movimiento, nuestra espiritualidad, la comunidad y toda la estructura de la vida religiosa continuarán transformándose cuando el centro esté en Jesús y en su misión. Nuestra contribución a la transformación de nuestro mundo globalizado es nuestra fidelidad creativa, radical y crítica, creíble y visible... ¿Cuál es la

visión alternativa del futuro que está naciendo en vuestro corazón para la Congregación como personas y comunidades consagradas en misión y para la misión hoy? ¿Cuáles son los pasos concretos que hemos dado hasta ahora preparándonos y moviéndonos para un futuro lleno de esperanza? “Estoy haciendo algo nuevo.” (Is 43, 19) El futuro de la vida religiosa depende de nuestro compromiso con el reto del evangelio a SER más y TENER menos.

Que el Espíritu aliente nueva vida y esperanza en nosotros, nos dé un conocimiento renovado de la misión universal de Dios y nos dirija, desde nuestro miedo y complacencia, al encuentro con el pueblo de Dios. Que este Capítulo General sea una gran experiencia de Pentecostés para todos vosotros y que experimentéis de nuevo el fuego y la pasión de vuestra llamada, de ser enviados una vez más. No podéis volveros atrás porque lleváis el futuro dentro de vosotros. Vale la pena arriesgar todo porque el Espíritu está ocupado *en hacer todas las cosas nuevas*, ocupado en dar nacimiento a una nueva forma de ser personas consagradas. Escuchemos las palabras de Jesús a sus inquietos discípulos: “¿Por qué tenéis miedo? ¿No tenéis fe?” Mientras creamos que el Espíritu transformador y creativo de Dios está actuando en nuestro mundo, continuaremos esperando un futuro que es don de Dios a nosotros.